

Nicolás Cárdenas García

Profesor titular en el departamento de Política y Cultura de la UAM-Xochimilco. Doctor en Historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM (1997) y miembro del SNI nivel 1. Ha publicado, entre otras cosas, *Empresas y trabajadores en la gran minería mexicana 1900-1929*, México, INEHRM, 1998.

Resumen

Este artículo examina los argumentos centrales del libro *Mexico and its Heritage*, y ubica su escritura tanto en la historia personal del autor como en el contexto binacional en que se produce. A la luz de ello, se sostiene que la interpretación de Gruening es de corte liberal progresista o "estatista", en tanto enfatiza las

dificultades de la (re)construcción de una máquina burocrática fundada en nuevos valores y procedimientos. En todo caso, parece claro que el pesimismo y las críticas al proceso revolucionario de *Mexico and its Heritage* no derivan de la animosidad, sino del desencanto de la percepción de los límites del cambio operado.

Palabras clave:

Gruening, revolución mexicana, historiografía de la revolución, interpretación liberal de la revolución, historiografía estadounidense sobre México.

Fecha de recepción:
septiembre de 2006

Fecha de aceptación:
enero de 2007

Gruening's Awkward Mexican Legacy

Nicolás Cárdenas García

Professor at the Department of Politics and Culture at UAM-Xochimilco. Ph. D. in History from the UNAM Humanities Faculty (1997) and SNI I member. Publications include *Empresas y trabajadores en la gran minería mexicana 1900-1929*, Mexico, INEHRM, 1998.

Abstract

This article examines the central arguments of *Mexico and Its Heritage* and locates its writing in both the author's personal history and the binational context in which it was produced. In light of this, Cárdenas holds that Gruening's interpretation is of a progressive liberal or "statist" nature as long it emphasizes the difficul-

ties of the (re)construction of a bureaucratic machine founded on new values and procedures. In any case, it seems clear that the pessimism and criticisms of the revolutionary process in *Mexico and Its Heritage* are not derived from animosity but rather from disenchantment and the perception of the limits of the changes effected.

Key words:

Gruening, Mexican revolution, historiography of revolution, liberal interpretation of the revolution, North American historiography of Mexico.

Final submission: September 2006 Acceptance: January 2007

La incómoda herencia de Gruening a México

Nicolás Cárdenas García

De tener una moraleja es que la vida privada de los autores empíricos es, en cierto sentido, más insondable que sus textos. Entre la misteriosa historia de una producción textual y la incontrolable deriva de sus futuras lecturas, el texto *qua* texto sigue representando una confortable presencia, el lugar al que podemos aferrarnos.¹

No hay nada más analítico que el desencanto.²

En los últimos días de 1922 llegó a México Ernest Henry Gruening. Tenía 35 años, era ya bastante conocido por su trabajo como editor de *The Nation* (1920-1923), y venía a observar directamente la experiencia revolucionaria con dos propósitos: contrarrestar la información antimexicana que publicaban los periódicos de William Randolph Hearst mediante artículos que enviaría a *Collier's* y *Century*, y recabar materiales para escribir un libro sobre México. Sin embargo, su aprendizaje de lo mexicano y el esfuerzo de comprender la reciente revolución le llevó varios años; finalmente terminó y publicó su libro en 1928 con el superente

título de *Mexico and its Heritage*.³ Para ese momento se trataba de una ambiciosa y amplia interpretación del pasado mexicano, y con el tiempo vendría a establecerse como la mejor versión liberal progresista (o “estatista”, como sugiere Britton) de lo que significaba su revolución.⁴ Sorprendentemente, el libro no corrió con mucha suerte en México. Nunca se tradujo al español, y aunque ha sido reeditado en inglés, se lee y se cita poco, sobre todo si lo comparamos con los textos de su contemporáneo y amigo Frank Tannenbaum. Este artículo se propone examinar la estructura y los argumentos del texto, así como el ámbito sociocultural en el que se produjo, para sugerir al final algunas razones por las que su recepción en México fue limitada. Básicamente creo que su énfasis en la continuidad (no en el cambio) de la historia mexicana, su crítica a las prácticas y la moralidad tanto de la elite revolucionaria

³ Fue publicado en Nueva York por The Century Co. Se trata de un texto de 728 páginas, además de un prólogo, 82 fotografías y un mapa.

⁴ Britton, *Revolution*, 1995, pp. 19-20, caracteriza el eje de esta posición por la fe en la capacidad del Estado nacional para idear una burocracia eficiente que pudiera resolver los males de la sociedad y, al mismo tiempo, respetar las instituciones democráticas y la propiedad privada.

¹ Eco, *Interpretación*, 1995, p. 95.

² James, *Diario*, 2004, p. 95.

como del pueblo, y su propia (exitosa) carrera política posterior, tienen que ver con ese resultado.

GRUENING Y EL PERIODISMO PROGRESISTA ESTADUNIDENSE

Los años de formación e inicio de la carrera de Gruening en Estados Unidos habían sido particularmente agitados. Hijo de un exitoso médico neoyorkino (Emil Gruening), terminó sus estudios en Harvard College en 1907 y el doctorado en medicina en la Harvard Medical School en 1912. Poco después, en 1914, se casó con Dorothy E. Smith y tuvieron tres hijos. Para disgusto del padre, decidió no ejercer la profesión médica y, en cambio, dedicarse al periodismo. Comenzó como reportero, y después de pasar en Boston por varios periódicos (*American, Herald, Traveler* y *Journal*) y ocupaciones (corrector, redactor, editorialista), llegó a ser editor del *New York Tribune* en 1917. Los dos años siguientes, con el ingreso de Estados Unidos a la guerra, sirvió en el cuerpo de artilleros. Cuando regresó a la vida civil en 1920 lo hizo como editor de *The Nation* (1920-1923), una importante publicación liberal progresista de Nueva York. Y justo después hizo su primer viaje a México.⁵

El hecho de haber estudiado en Harvard merece alguna reflexión, pues ahí se educaba la elite estadounidense, y se trataba de una institución ajena a la agitación política exterior. La enseñanza se impartía en una forma más bien tradicional, aunque los estudiantes podían participar en la estructuración de su historial académi-

⁵ Garraty y Carnes, *American*, 1999, vol. 9, pp. 683-684.

co. Por lo demás, la escuela de medicina tenía un sólido prestigio, y en 1908 se había creado la famosa escuela de posgrado para administración de negocios. En cambio, Tannenbaum estudió, algo tardíamente, ciencias sociales y humanidades en Columbia, una universidad de corte progresista con un ambiente estudiantil radical.⁶

Ambas universidades, a pesar de sus diferencias, compartían dos conjuntos de creencias comunes: la filosofía pragmática y el progresismo político. Mientras la primera insistía en las realidades empíricas, en los “valores prácticos” y la utilidad asociada a la idea de la verdad, el segundo promovía la fe en el proceso democrático, la hostilidad a las grandes concentraciones de poder privado, el credo de la eficiencia, así como un talante humanitario y moralista. En el fondo eran compatibles, lo que en parte explica su predominio en estas grandes instituciones.⁷ Y que, de algún modo, pudieran dar cabida tanto a un ex anarquista Tannenbaum como a un liberal Gruening.

La decisión de orientarse al periodismo, por lo demás, no implicaba una elección de un oficio de menor estatus que la medicina. La prensa en Estados Unidos había crecido de manera impresionante entre 1880 y 1910 (en ese último año circulaban casi 2 600 periódicos diarios más una gran cantidad de revistas) y sobre todo, había logrado un gran poder. De hecho, parece haber sido más eficaz que los

⁶ Johnson, *Estados*, 2001, p. 576; Schorske (quien un poco más tarde estudió en ambas universidades), *Pensar*, 2001, pp. 45-50, y Hale, “Frank”, 1995, pp. 220-222.

⁷ Watson, *Historia*, 2002, pp. 89 y ss., y Blum et al., *National*, 1989, p. 507.

partidos o las leyes en contener “los excesos antisociales del capitalismo”, en parte gracias al desarrollo de una especie de periodismo de investigación y denuncia que funcionó como “un saludable control de las fechorías empresariales o, mejor dicho, de la explotación antisocial del poder corporativo”.⁸ Por tales razones era un ámbito propicio para la acción política de muchos liberales progresistas en la década de los veinte.

En esos primeros años en la prensa Gruening ya se dedicó a luchar tanto por la independencia de los periódicos respecto de anunciantes y jefes políticos, como por las causas progresistas: la libertad académica, la honestidad del gobierno, los derechos de los trabajadores, el sufragio femenino y la planificación familiar a través de la contracepción. También en los años anteriores a la guerra ya se había unido a la National Association for the Advanced of Coloured People en la lucha por la igualdad racial. Y en *The Nation* colaboró con Oswald Garrison Villard, Inta y Carl Van Doren, Freda Kirchwey y otros disidentes, en historias acerca de la corrupción política, el maltrato a las minorías y el creciente poder político de los grandes negociantes. Más aún, desempeñó un papel destacado en la cruzada de prensa que buscaba poner fin a la ocupación estadounidense de Haití.⁹

En general se acepta que la era progresista abarcó de 1900 al ingreso de Estados Unidos a la primera guerra, y que a inicios de la década de los veinte los progresistas habían perdido terreno frente a una reacción de la Norteamérica media, puritana, agraria y blanca contra todo lo que amenazaba su bienestar. Tal reacción se alimen-

taba del miedo a una supuesta amenaza roja, así como del temor a las consecuencias morales de la industria, la urbanización y la nueva tecnología, y sus resultados en el plano político fueron las leyes contra la sedición (1918), el espionaje (1917), la ley seca (1919) y las restricciones a la inmigración (1921 y 1924).

Pero justamente la presidencia de Warren Harding (1920-1924), con su reducción del gasto público y el gobierno mínimo (una última versión del *laissez faire*), con su gabinete de exitosos y ricos hombres de negocios, con su gentil silencio y su astuto sentido político, alentó un breve resurgimiento de la corriente progresista. En particular, para México, fue desastroso el nombramiento de Albert Fall, senador por Nuevo México, como secretario del Interior, pues este, sin mucho recato, alentó la campaña antimexicana a través de los periódicos de Hearst. Aunque Fall tuvo que renunciar en marzo de 1923, sus turbias operaciones habían dañado tanto a México como a la imagen del presidente Harding.¹⁰

El breve renacimiento del progresismo tuvo su punto más alto en la campaña presidencial de 1924, pues una de sus leyendas vivas, Robert La Follete, se presentó para contender contra el presidente Calvin Coolidge (republicano, quien buscaba la reelección después de haber sucedido a Harding, muerto poco antes) y John Davies (demócrata). Muchos otros luchadores reformistas (Felix Frankfurter, John R. Commons, Jane Adams), participaron intensamente en su campaña, y contó con el apoyo de los socialistas y hasta con el de la

⁸ Johnson, *Estados*, 2001, p. 553.

⁹ Garraty y Carnes, *American*, 1999, p. 683.

¹⁰ Johnson, *Estados*, 2001, pp. 629-630. Para una narración detallada de las actividades de Fall, véase Hall, *Bancos*, 2000, cap. 2.

American Federation of Labor. La Follete abanderó un programa con propuestas como la de convertir en propiedad pública la energía hidroeléctrica, aumentar los impuestos dedicados a salud, refrenar el poder de la Suprema Corte, limitar el uso de los requerimientos judiciales en las disputas laborales, la elección popular de jueces, la elección directa del presidente, el fin del trabajo infantil y el referéndum nacional como requisito de una declaración de guerra. En fin, mantuvo también su permanente ataque a los monopolios. Gruening tuvo una destacada participación en esta campaña, pues fue su jefe de prensa.

Tales programa y candidatura tenían pocas posibilidades de triunfar en esos prósperos años veinte, pero para sorpresa de todos La Follete alcanzó 4 800 000 votos, frente a los 15 000 000 de Coolidge y los 8 500 000 de Davies (aunque en el sistema electoral estadounidense sólo haya ganado un estado, Wisconsin).¹¹

No tenemos datos de la actividad de Gruening entre 1925 y 1926 (años en que estuvo varias veces en México), pero sabemos que en 1927 fundó un diario en Portland, Maine, *Evening News*, y que en ese lugar escribió el libro que fue publicado al año siguiente.

EL ENCUENTRO CON MÉXICO: BOHEMIA, DIPLOMACIA Y POLÍTICA

El trasfondo estadounidense es fundamental para entender a los intelectuales, artistas y periodistas de esa nacionalidad que llegaron a México en la década de los años veinte y dejaron algún tipo de testimonio sobre su experiencia. Venían del país más

industrializado del mundo, donde ya funcionaba un mercado de bienes masivos, pero también de una sociedad con agudas contradicciones, próspera en general, ruidosa, alegre y permisiva en las grandes ciudades, pero con pretensiones virtuosas y puritanas (sobre todo en el campo). Son los años del desencanto de izquierdistas y progresistas, pero también los años de Al Capone en Chicago, los de la limpia de San Francisco y los de la conversión de Los Ángeles en una gigantesca y moderna ciudad (con su industria del cine), los de la bohemia de Greenwich Village, del auge del jazz, y también los años en que aparecen grandes textos literarios escritos por autores cada vez menos participativos en la vida política (de Gertrude Stein, F. Scott Fitzgerald, Sinclair Lewis, T. S. Eliot, Ezra Pound, Ernest Hemingway, William Faulkner).¹²

Como ha explicado Britton, los viajeros que llegaron a México no constituían un grupo homogéneo, pues cubrían un amplio espectro político, desde la izquierda independiente a la derecha conservadora y racista. Pero fuera de estos últimos, tanto liberales como izquierdistas compartieron un entusiasmo inicial por México, su revolución, sus muralistas (sobre todo Rivera) y por la cruzada educativa de Vasconcelos. Hubo una especie de deslumbramiento que tenía que ver tanto con su nueva posición social como con las gentilezas de un gobierno que los necesitaba como propagandistas informales de sus ideales y acciones. En México, no sólo formaron una especie de bohemia intelectual, sino que se instalaron en los mejores barrios (aunque no todos tenían recursos y aunque conocieron algo del interior del

¹¹ Blum, *et al.*, *National*, 1989, p. 586.

¹² *Ibid.*, pp. 593-595, y Johnson, *Estados*, 2001, pp. 607 y ss.

país), y su vida cotidiana normal transcurrió entre Reforma, el eje Juárez-Madero del centro histórico y Coyoacán. En el círculo inicial de los veinte estaban Carleton Beals, Frances Toor, Eyley Simpson, Edward Weston, Tina Modotti y Katherine Anne Porter. Anita Brenner, aunque nacida en México, también formaba parte de la red y de hecho fue ayudante de investigación de Gruening por dos años. Igual que la bohemia de Greenwich Village en Nueva York, llegaron a México porque “buscaban experiencias en lo étnicamente exótico”. Y aquí encontraron mucho material tanto arquitectónico como humano. En todo caso, su entusiasmo inicial incluyó una suerte de admiración por personajes tan disímiles como Diego Rivera, Felipe Carrillo Puerto y José Vasconcelos. La excitación de esos años, dice bien Britton, actuó para oscurecer las diferencias.¹³

Sin embargo, el escepticismo y las diferencias pronto empezaron a aflorar, en parte por la rebelión delahuertista y el asesinato de Felipe Carrillo Puerto. Gruening, en una carta del 22 de enero de 1924, escribía a Beals que

la patética verdad es que México carece totalmente de hombres aun moderadamente honestos, capaces e ilustrados para detentar los puestos de primer nivel, sin hablar de los muchos menores que son esenciales para mantener la maquinaria en marcha.¹⁴

Ciertamente se trataba de una reflexión privada, puesto que fue hasta 1928 cuando aparecieron públicamente sus severas crí-

¹³ Britton, *Revolution*, 1995, pp. 51 y ss. Las citas textuales son de las pp. 57 y 65. Véase también Tenorio, “Viejos”, 1991, pp. 95-116.

¹⁴ Citado en Britton, *Revolution*, 1995, p. 66.

ticas al régimen y al proceso revolucionarios, justamente en *Mexico and its Heritage*.

Algunos de estos viajeros eran muy jóvenes o apenas comenzaban sus carreras, como Tannenbaum, Beals, Redfield o Brenner, mientras otros como John Dos Passos, John Dewey o Edward Weston, eran ya importantes figuras en sus campos respectivos. Gruening estaba entre los dos extremos, pues a sus 35 años era bastante conocido, pero sólo en ciertos círculos estadounidenses. Era un “hombre pequeño, de una apariencia más bien poco impresionante, gregario y persuasivo en la conversación, infundía respeto si no admiración por su energía y agresividad”, dice Britton. Y Brenner lo recordaba honorable, cortés y culto, orientándose a través de “hechos, medibles, tangibles, comprobables”, que en consecuencia —según ella— lo empobrecían espiritualmente.¹⁵ Un hombre ambicioso, sí, pero también de principios liberal progresistas claros, de modo que las “técnicas de la hospitalidad mexicana” no podían hacer mucha mella (o por mucho tiempo) en su interpretación de México. De hecho, aunque el embajador Sheffield y la prensa de Hearst, entre otros, circularon diversas acusaciones contra Tannenbaum, Robert Haberman, Frederic Leighton, Carleton Beals, Frances Torr: ser agentes bolcheviques o del régimen revolucionario, recibir pagos del gobierno mexicano para fungir como sus propagandistas en Estados Unidos, nunca pudieron exhibir pruebas concretas. Gruening, en particular, fue acusado en 1926 directamente por Sheffield de actuar como intermediario entre Calles y el senador Robert La Follete, aunque pronto fue claro, incluso para el Departamento de Estado,

¹⁵ *Ibid.*, pp. 55-56.

que se trataba de una fabricación infundada. A pesar de ello, un año después Hearst pasó al ataque publicando documentos y cartas en las que se afirmaba que Gruening, Hubert C. Herring y Oswald Garrison (editor de *The Nation*) recibían grandes cantidades por servicios prestados al gobierno mexicano y que los senadores La Follete, William Borah (Idaho), George Norris (Nebraska) y Thomas Heflin (Alabama), recibirían pagos de México por 1 200 000 dólares. Por supuesto que el comité del Senado concluyó rápidamente que los documentos eran fraudulentos y espurios, pero el hecho ilustra la difícil posición de estos intelectuales, que debían moverse también como diplomáticos novicios en las delicadas relaciones entre los dos países.¹⁶

A la larga, como sabemos, Sheffield y Hearst fracasaron en su juego, pues el Senado estadounidense aprobó en enero de 1927 una resolución que demandaba el acuerdo pacífico de todos los puntos de conflicto con México, y poco después Dwight W. Morrow fue nombrado nuevo embajador con la encomienda de “mantenernos lejos de la guerra con México”.¹⁷ Más aún, Gruening, después de los años en Portland, de ser editor del *New York Post* (1932-1933), y de un nuevo periodo como editor de *The Nation* (1933), con el triunfo de los demócratas y su candidato Franklin Roosevelt en 1932, fue nombrado consejero de la delegación estadounidense a la Séptima Conferencia Inter-

Americana en Montevideo (1933), y director de la División de Territorios e Islas del Departamento del Interior (1934-1939), administrador de la reconstrucción de Puerto Rico (1935-1937), y finalmente gobernador del territorio de Alaska, cargo que ocupó por catorce años para luego pasar al Senado como su representante de 1959 a 1969.¹⁸

En estos largos años en el *establishment*, Gruening no dejó de ser un disidente. Habría que mencionar su lucha por disminuir el estatus colonial y por el desarrollo de Alaska, Puerto Rico, Hawai y las demás islas del Pacífico y su voto en el Senado contra la resolución del golfo de Tonkín propuesta por el presidente Lyndon B. Johnson en agosto de 1964 (sólo hubo otro senador en contra).¹⁹ En todos esos años siguió escribiendo, pero México ya no apareció como sujeto central en sus textos.

LA INVESTIGACIÓN EN LAS CERCANÍAS DEL PODER REVOLUCIONARIO

Dentro de una especie de peregrinación extranjera, a fines de 1922 llegó Ernest Gruening a México, acompañado de su esposa y dos hijos pequeños. Neoyorkino, de raíces judías, desde *The Nation* había criticado la postura del presidente Harding por negar el reconocimiento al gobierno surgido de la rebelión de Agua Prieta, así como la de dar oídos a las airadas protestas de los inversionistas estadounidenses contra la legislación revolucionaria. Esa postura estaba dictada por los principios progresistas y por la conciencia

¹⁶ Delpar, *Enormous*, 1992, pp. 50-51. Por supuesto, hubo quienes sí recibieron algún tipo de pago por escribir de manera favorable a México, como Robert Hammond Murray, George Creel y E. J. Dillon. Véase Hall, *Bancos*, 2000, pp. 239-241.

¹⁷ Blum *et al.*, *National*, 1989, p. 589.

¹⁸ Shavit, *United*, 1989, p. 140.

¹⁹ Garraty y Carnes, *American*, 1999, p. 684, y Johnson, *Estados*, 2001, p. 742-743.

de lo importante que era el reconocimiento para la consolidación del general Álvaro Obregón en el poder, pero no estaba fundada en el conocimiento sólido de lo que ocurría en México. De manera que decidió realizar el viaje para investigar por sí mismo esa realidad y escribir artículos que contrarrestaran la información “tendenciosa” que publicaban los periódicos de Hearst. Ese primer viaje se prolongó por seis meses y los artículos, en efecto, se publicaron en las revistas *The Nation*, *Collier's* y *Century*, y se reprodujeron en periódicos como *The New York World*.²⁰

En medio de las tensiones diplomáticas del momento, es comprensible que estos periodistas e intelectuales fueran “personas gratas” para el gobierno mexicano, y que en consecuencia apoyara por diversos medios sus actividades. Gruening, a través de Roberto Pesqueira, viejo miembro del grupo sonoreño, conoció de inmediato a Obregón, quien lo invitó a cenar al castillo de Chapultepec, entonces residencia presidencial. El periodista y el caudillo entablaron desde entonces una buena relación y el primero obtuvo una carta de recomendación con la cual pudo recorrer sin mayores contratiempos el país. Por ejemplo, con ella pudo conseguir que despertaran al general Guadalupe Sánchez en Veracruz para que le proporcionara un caballo que lo dejó en el tren a Valle Nacional. Ahí, tal vez, comenzó a comprender el enorme poderío de un presidente mexicano. Más todavía, Obregón lo invitó a hacer un viaje de celebración en el Tren Amarillo con motivo del reinicio de las labores de construcción del Ferrocarril Sud Pacífico en el tramo Nayarit-Guadalajara a mediados de 1923 (trabajos que duraron cuatro años,

pues se completó en abril de 1927). De ese viaje recordaba que

la gente se reunía en todas partes para aclamar el tren y vernos pasar. Aquí y allá él [Obregón] salía y pronunciaba algunos discursos. Fue toda una experiencia; pude ver al hombre muy de cerca, como un ser humano excepcional, un gran hombre, observar su gran inteligencia, su valor y su sentido del humor.²¹

Durante su investigación estuvo tres veces más en México y siempre fue tratado con especial deferencia. Su amistad con el presidente Calles fue sólida, sincera y continuó cuando este fue expulsado del país por su sucesor, Lázaro Cárdenas, en 1936. En consecuencia, conoció y trató a parte de la elite mexicana en los agitados años que corrieron de 1924 a 1927, lo que no fue precisamente del agrado de los miembros de la comunidad estadounidense de talante más izquierdista.

Aunque la primera idea del libro había nacido en el otoño de 1922, no tardó en darse cuenta de que para explicar la revolución no sabía lo suficiente de historia mexicana. La alternativa era escribir, como otros, un libro de corte periodístico o una crónica de viaje, pero se decidió por la vía de un libro de largo aliento. Tanto en sus estancias (que en conjunto duraron 18 meses, con un viaje anual entre 1924 y 1927) como en Estados Unidos, se empeñó en una seria investigación y reflexión sobre su objeto de estudio, a la par que seguía con su carrera como periodista y político. Entre tanto se dio tiempo para coordinar en 1924 el simposio *These United States*

²⁰ Gruening, *Experiencias*, 1970, pp. 11-15.

²¹ *Ibid.*, p. 20. Véase también Britton, *Revolution*, 1995, pp. 68-69.

(donde distinguidos intelectuales reflexionaban sobre los estados y territorios de la unión), para la campaña de La Follete y para fundar y dirigir el *Evening News*. Ya en 1927, pasaba los días en el periódico y las noches las dedicaba al libro.

En los 18 meses pasados en México, no sólo trató a los políticos mexicanos y los aprovechó como fuente de información, sino que se convirtió en miembro de una suerte de comunidad bohemia de extranjeros que nada tenía que ver con la colectividad estadounidense establecida de tiempo atrás en México, dedicada a los negocios o a la política. Entre ambos grupos había un abismo; mientras unos despreciaban lo mexicano, otros buscaban sus virtudes. Mientras unos se acomodaban en las casonas de Anzures, Paseo de la Reforma y Lomas de Chapultepec, los otros establecieron sus centros de reunión en el animado eje Madero-Juárez-Reforma y los pueblos aledaños de Coyoacán y San Ángel, y promovieron activamente la difusión de lo mexicano (sobre todo el arte) en Estados Unidos.²² Era lógico que sus amistades fueran artistas e intelectuales como Diego Rivera, José Clemente Orozco, Frida Kahlo, Xavier Guerrero, Manuel Gamio, Ignacio Fernández Esperón ("Tata Nacho"), Carlos Mérida, Carlos Chávez, etc. Con ellos se embarcaron en un doble juego en el que ambas partes estaban descubriendo a un país mientras encontraban también su lugar.²³ Se sentían a sus anchas en Coyoacán, Chapala, Taxco o Cuernava-

ca, y de algún modo el patrocinio del gobierno mexicano y la universidad los alcanzó. Menos, por cierto, que el pujante avance de las fundaciones Rockefeller, Carnegie y Guggenheim, que ya a mediados de los veinte patrocinaban —entre otras investigaciones— la recuperación de Chichén Itzá y las más importantes exposiciones de artistas mexicanos en Estados Unidos.²⁴

Gruening estaba consciente de los peligros de ese patrocinio y trató de evitarlo, a pesar de que, tal vez involuntariamente, como Tannenbaum, terminara haciendo un poco de cabildeo a favor de México. Cuando regresó a México con Calles (otra vez en el tren presidencial) a fines de 1924, se encontró con que tenía reservada una suite en el hotel Princesa, en calidad de "invitado personal" del presidente. Tuvo que discutir agriamente con el gerente para tomar una habitación por su cuenta y preservar su propósito de escribir con imparcialidad. Este episodio da cuenta de lo difícil que debió haber sido, en términos de distancia crítica, escribir un libro sobre un país en el que tan rápidamente fue adoptado por las nuevas élites.²⁵

Por lo demás, la cercanía emocional y los prejuicios favorables a Obregón y Calles no fueron los únicos riesgos en esta empresa. Gruening mismo advertía que, a semejanza del San Petersburgo rescatado por Berman, "en México las cosas no son lo que parecen".²⁶ Peor aún, la historiografía política era escasa, las estadísticas poco confiables, y la complejidad de las respuestas requería diversos talentos por parte del

²² Britton, *Revolution*, 1995, pp. 52-57.

²³ La idea del descubrimiento de esa tierra miserable y exuberante casi se puede aplicar de manera literal a Rivera, quien regresó a México a fines de 1921. Véase Wolfe, *Fabulosa*, 1972, pp. 105-109, y Canucci, *Tina*, 1995, especialmente el cap. 4.

²⁴ Delpar, *Enormous*, 1992, *passim*.

²⁵ Gruening, *Experiencias*, 1970, pp. 21-22. Véase también Hale, "Frank", 1995, pp. 238-239.

²⁶ En adelante las citas textuales de Gruening sin referencia pertenecen a *México*, 1928.

estudioso: como historiador, etnólogo, economista, conocedor de la jurisprudencia y la lengua española. El reto era, pues, enorme.

LAS AMBIGÜEDADES DE LA TRADICIÓN Y LA MODERNIDAD

Lo sorprendente es que logró superar el desafío y produjo una extraordinaria síntesis de la historia mexicana contemporánea, en tanto recuperó algunos de los problemas esenciales del país, actuales entonces, pero vigentes aún. Quizá se deba a que supo captar la profundidad histórica de tales problemas. “La continuidad es la médula de la historia mexicana, por debajo de los eventos cambiantes en la superficie”, escribió.

Ningún contraste podía ser más fuerte que el vivido al pasar de Nueva York a México. La primera era una ciudad donde no solamente el hombre está en conflicto con la naturaleza, sino que además de examinarla, la ha domesticado y puesto a su servicio. “Aquí –escribía en 1924– la naturaleza ha sido completamente conquistada y ahora está siendo destruida.” Obra maestra de la moderna civilización material, ahí también experimentaba como en ninguna otra parte sus frustraciones. Su sofisticación iba a la par de su artificialidad. “Si en Nueva York la leche de la bondad humana no está totalmente seca o agriándose, al menos está pasteurizada”, sentenció Gruening, después de una larga lista de los lugares y tipos de su ciudad, en la que no olvidó criticar de pasada a la bohemia o pseudobohemia de Greenwich Village, el efervescente centro del radicalismo estadounidense.²⁷

²⁷ Gruening, “New York”, 1924, p. 201.

México, en cambio, estaba fuera de ese ritmo, de ese tiempo moderno. Entrar a esa tierra de “extraña belleza y misterio” era volar hacia los confines más distantes de la historia, entender el verdadero sentido del tiempo, “aventurarse en la historia”. También era entrar a una tierra india, una en que la continuidad con lo primitivo (en comida, ropa, abrigo, técnica agrícola) se había mantenido a pesar de la invasión de la modernidad. Más aún, este encantador “anacronismo que México representa” se debía a que, con la revolución, se rompió definitivamente el molde español y entonces lo indio pudo emerger, volver sobre lo suyo, recuperar su patrimonio perdido, su tierra largamente conquistada. Su presente era una compleja mezcla de varios siglos, épocas, etapas del progreso humano; desde lo primitivo hasta lo más moderno. Y además, paradójicamente, en este asentamiento de lo antiguo se daba al mismo tiempo el más avanzado fermento social.²⁸

Mientras la utopía estadounidense parecía llegar a su fin, México apenas buscaba la suya. Y en eso tuvieron que ver, entre otros y en mayor o menor grado, Gruening y Tannenbaum. Inventaron a México como un “ejemplo idealizado de lucha popular y vida comunitaria”, un lugar de elaboración de utopías.²⁹ Recién llegado, Gruening hallaba por todas partes “el creciente murmullo del fervor revolucionario, del renacimiento de la gente, de las esperanzas revividas”.³⁰ En contraste con el hombre de Nueva York, encuentra que el indígena mexicano “ha aceptado mu-

²⁸ Gruening, “Introduction”, 1935, pp. 1-10, *passim*.

²⁹ Tenorio, “Viejos”, 1991, pp. 109-110.

³⁰ Citado en Delpar, *Enormous*, 1992, p. 26.

cho, sufrido otro tanto, pero su alma aún le pertenece”. Esa alma que percibe también en sus artesanías (perseguidas con afán por “los museos en esta época de máquinas”), pues “son las ofrendas de una raza que no ha aprendido a separar el arte de la vida”.

Es verdad que este viaje a un país estremecido por una sacudida revolucionaria escondía, detrás de las motivaciones políticas explícitas, la búsqueda de respuestas a preguntas propias. El mérito de Gruening es pasar de las respuestas deseadas, autoconfirmatorias, a un nivel más profundo. Pero mientras más se adentra en esa realidad mexicana (pasada y presente), menos coincide con sus esperanzas, más bien parece rechazarlas o negarlas. En el encuentro con los acontecimientos terrenales, la utopía se desvanece. El resultado, por ello, es ambivalente, ambiguo como el tiempo que pretende retratar. Por una parte recoge magníficamente la esencia reformista del impulso revolucionario que se despliega en las realizaciones de los años veinte: la reforma agraria, la construcción de carreteras y presas hidroeléctricas, las escuelas rurales, la cruzada vasconcelista, la eclosión de un arte nacionalista. Por la otra, al sumergirse en la crudeza de los datos, también es evidente su asombro y rechazo de las peores lacras mexicanas: la corrupción, el militarismo, la venalidad de la Iglesia, la suciedad, la miseria. Como buen hombre civilizado, esta parte oscura de México lo conmueve y lo hace escéptico respecto de los logros revolucionarios y su futuro. Nada retrata mejor esa tensión que cuando es rozado por lo absurdo en un pueblo de Tlaxcala. Situado en una colina, la gente debía sacar el agua de un pozo y después subirla por una pendiente de unos 300 metros. Ningún intento serio de edu-

car a ese pueblo, dice, puede anteceder a su abastecimiento de agua. “El agua corriente sería más educativa que el esfuerzo solitario de un maestro en contra de las fuerzas de la naturaleza y la ignorancia del hombre para liberarse por sí mismo.”

Esta ambivalencia es una de las mejores cualidades del libro, ya que Gruening es consciente de lo que significa. Como el buen historiador en que se convierte rápidamente, conviene en que el apego a los hechos no excluye el enfoque interpretativo. “Por más indeseable que sea, este es inevitable, ya que los hechos en relación con su entorno no pueden demostrarse sin un cierto grado de explicación que ineludiblemente tiende a tornarse subjetiva.” Sabe imposible cumplir con su deseo de presentar a México de manera objetiva para que cada lector forme sus conclusiones, pero el propósito le sirve de freno. Estamos frente a un concienzudo historiador que escudriña atentamente en busca de los datos que apoyen su simpatía por la causa revolucionaria y tiene que aceptar que, en el fondo, su optimismo no estaba justificado. El texto resultante, en todo caso, es notable, una historia en claroscuros, con una tonalidad gris, lejana a la composición más simple y reductora de blancos y negros.³¹

En lo que se refiere al método y a sus técnicas de investigación, poco puede reprocharse a *Mexico and its Heritage*; la bibliografía no sólo es impresionante y pertinente, sino que se la explota al máximo. Trabajó minuciosamente los archivos de Gobernación y Relaciones Exteriores, hizo observación de campo, entrevistas sistemáticas, compiló estadísticas, utilizó los

³¹ Sobre la importancia de los grises, véase Nolte, *Guerra*, 1994, p. 30.

periódicos de ambos países y, por supuesto, mucha de la información que recogió en sus numerosas conversaciones con académicos, intelectuales y políticos mexicanos. Más aún, cuando pareció necesario, recurrió a la comparación con la historia estadounidense o europea. El libro es por ello un acercamiento enciclopédico a México, pero dirigido, orientado por una pregunta central:

¿hasta qué grado puede México dejar atrás el legado de una sociedad y de una política enfermas; hasta qué punto puede sintetizar en una unidad armoniosa y funcional a elementos raciales cronológica y económicamente dispares?

En otras palabras, ¿cuáles eran las perspectivas de que México forjara, a partir de sus materiales heterogéneos, una nación perdurable?³²

LA REVOLUCIÓN Y LA HERENCIA DE MÉXICO

La búsqueda de una respuesta jaló a Gruening al pasado. Y ahí encontró una diferencia de origen frente a Estados Unidos. Si esta nación había sido construida mediante el trabajo arduo, los españoles que llegaron al nuevo continente con su herencia de centralismo, ineficiencia burocrática y corrupción, habían procurado su enriquecimiento mediante la explotación,

³² Eugenia Meyer, en su trabajo pionero *Conciencia*, 1970, hace un análisis del libro y lo ubica en la producción historiográfica del momento. La diferencia con mi exposición es que mientras Meyer sigue de cerca el esquema del propio texto, yo intento una lectura de sus argumentos y líneas centrales.

no el trabajo. El resultado fue una bancarrota crónica de la Hacienda pública y el bloqueo de un desarrollo autónomo de las colonias. El contraste entre las dos tradiciones podía verse en que mientras Estados Unidos asumía un dominio a nivel mundial, España se había convertido en la nación más atrasada de Europa, medieval no sólo en espíritu, sino también en los hechos. El México independiente no pudo deshacerse de esa herencia puesto que la propia independencia se obtuvo mediante un acuerdo de elites, después de que la revolución agraria fue derrotada. Con ello, más bien se abrió el paso a largas décadas en las que México fue gobernado por hombres, no por leyes, en que los generales se disputaban el poder en una especie de revolución permanente, y en que no hubo lealtad alguna hacia las ideas, sino hacia esos hombres.

Aunque encontró poco de positivo en el siglo XIX, es verdad que Gruening no escatimó elogios para Juárez: “un gran demócrata”, “el más grande estadista que México había producido”. Pero se anticipó también al revisionismo estilo François-Xavier Guerra, al señalar que la Constitución de 1857 y todo el espíritu de la reforma eran un “espejismo”, la gente no estaba preparada para ellos.³³ “Al morir el puñado de líderes patrióticos, tuvo lugar una regresión interrumpida hacia las viejas costumbres”, concluye.

En cambio su análisis de Porfirio Díaz es sumamente crítico. Juzga severamente las adhesiones obtenidas mediante privilegios, así como su estilo de comprar y corromper, exiliar o asesinar y la centralización del poder. Por supuesto, era de esperarse que criticara severamente no sólo

³³ Guerra, *México*, 1988, t. 1, cap. IV.

la falta de libertad de prensa, sino la existencia misma de un periodismo servil. En fin, a pesar de ello, no puede dejar de ver el enorme desarrollo económico y la industrialización en ese periodo. El mérito de ello, afirma sin embargo, no es de Díaz, sino de la época, pues el excedente de capitales estadounidenses necesitaba una salida. “34 años es mucho tiempo, y bajo cualquier gobierno, los ferrocarriles y otros adelantos materiales habrían sido inevitables durante el último cuarto del siglo XIX en un país limítrofe con Estados Unidos”. En cualquier caso, “por encima de todo fracasó en el desarrollo de su *pueblo*”. En esta interpretación, lo importante era resaltar el costo social de ese desarrollo, en particular la concentración de la propiedad, el despojo de tierras, y la ineficiencia económica de la hacienda (una “propiedad feudal”, un “anacronismo”). Ese costo podía advertirse en el descenso de los salarios, el bajo nivel de vida, la existencia de la tienda de raya, el sistema de peonaje y Valle Nacional. Díaz “dejó [mantuvo] al 90% de su pueblo en los abismos de la degradación” e intensificó muchos de los vicios nacionales. En una estampa impresionista resumía la época: “mientras aquellos que festejaban el centenario de la Independencia de México en 1910 consumían el equivalente a 20 camiones de champaña, las masas estaban al borde de la inanición”.

Si esa interpretación de la era porfirista parece haber perdido vigencia, puesto que contribuyó a establecer su leyenda negra y a legitimar al nuevo régimen, en cambio su exposición de los años revolucionarios está claramente recuperada hoy en muchos textos revisionistas. Para empezar, afirmaba que la revolución fue una disolución, y no el resultado de un levantamiento que derrocará a Díaz. “Un edificio estatal ad-

mirado desde afuera por su magnificencia y aparente estabilidad, inesperadamente se derrumbó. Una desintegración había ocurrido en el cuerpo político y social.” En ese proceso Madero había resultado el heredero del reyismo y, en la medida en que este industrial moderno no tenía quejas personales contra Díaz, representaba un impulso democrático real. Pero si bien en 1911 “una minoría que gobernaba a una mayoría había sido derrotada por una minoría erigida como portavoz de la mayoría”, también es cierto que las masas comenzaron a moverse por su cuenta. De hecho, Gruening muestra bien cómo a la par de la revolución nacional surgieron numerosas bandas “revolucionarias” como la de Gabriel Hernández en Hidalgo. Se trataba de “masas confusas” compuestas de campesinos miserables que engrosaron “pelados” de los pueblos y desertores del ejército federal. Contundente, expresa que: “Los revolucionarios habían acabado con los saqueadores, y estos se habían convertido en revolucionarios. Los federales, sin titubear, cambiaron de bando, esa era la masa confusa de la revolución.” Ese aspecto de la movilización, por supuesto, fue capturado por Mariano Azuela en *Los de abajo*, pero los historiadores tardaron en hacerlo, hasta los estudios recientes de Knight, Meyers y Katz.³⁴

La experiencia liberal de 1911-1913, en cambio, es presentada como un breve interludio, porque Madero no fue un ejecutivo capaz, debido a que “no era un buen juez del ser humano”. Su fe en la democracia, su rechazo a la crueldad y al sangriento

³⁴ Knight, *Revolución*, 1996, vol. 1, *passim*; Meyers, “Segunda”, 1990, t. 2, pp. 113-148, y Katz, *Pancho*, 1998, t. 1, *passim*.

pasado mexicano lo limitaron en la lucha contra los obstáculos que enfrentó. “Así como Guerrero 80 años antes, era decente, benévolo y confiado, debilidades que eran fatales en ese tiempo y lugar, tanto como lo habían sido anteriormente.” Más aún, la brecha que lo separaba de lo que Guerra ha llamado el pueblo tradicional, era enorme. Al paso de Madero hacia la capital, aclamado por la gente que gritaba ¡Viva Madero!, ¡Viva la democracia!, cuenta Gruening que un campesino, parte de esa muchedumbre, deseoso tal vez de entender mejor su propia identificación con ese entusiasmo, le preguntó a su vecino, también de manta blanca: “Amigo, ¿qué es esto de la democracia sobre la cual gritan todos?” La respuesta de este no pudo ser más elocuente: “Seguramente debe ser la señora que lo acompaña.”

Si el análisis del experimento democrático maderista y su evaluación del porfiriato parecieran traslucir un cierto determinismo, su excelente revisión de la decena trágica lo refuta. Tanto porque establece la responsabilidad del embajador Wilson en los sucesos como porque otorga un lugar importante al azar, que intervino en forma de una bala que destruyó la clavícula del general Villar, comandante de las fuerzas leales a Madero. “Ese disparo alteró la historia de México”, escribe, pues obligó a colocar a Huerta al frente de las tropas leales. Tal decisión convirtió al país en un caos, “una ruina que ardía lentamente en medio de la destrucción física, el terror y el odio”. Así pasaron siete años “de avanzar a tientas, de afanes sin dirección y mal conducidos, de fuerza y de pasiones desatadas”, en los que la violencia engendró a la violencia y la ilegalidad a una mayor ilegalidad.

En ningún momento durante casi medio siglo había caído el país en una anarquía tan profunda, con una autoridad tan difusa y con fuerzas opositoras tan extendidas. No existía un gobierno nacional ni una capital, ni una constitución, ni otra ley que no fuera la de la fuerza —la fuerza de los militares locales, de los hacendados con sus guardias blancas, de las bandas errantes, de revolucionarios y bandidos mezclándose indiscriminadamente unos con otros.

De ahí que la reconstrucción, el retorno a la legalidad, fueran enormemente difíciles. Máxime que la revolución, incluso en el nivel nacional, no tuvo una meta definida, se desarrolló de una manera no sistemática, y aunque sí fue una lucha de clases, no se trató de una lucha de clases definida. En último término, se combinó la tibieza de sus reformas con la ausencia de levantamientos de masa generalizados. La mayor parte de la gente sólo vio pasar, una y otra vez, a los revolucionarios. Cuando se reunió el constituyente en Querétaro para sintetizar sus objetivos, se trataba otra vez de una minoría, era “el gobierno de los que habían vencido en el campo de batalla”. Por ello, a pesar de la violencia y la anarquía que lo precedieron, sus resultados hasta cierto punto fueron “conservadores”. No se confiscó la propiedad, no se acabó con los representantes del antiguo régimen y durante un tiempo la nueva legislación, las nuevas instituciones, coexistieron con los sistemas y prácticas judiciales previas. La nueva legislación era tan deficiente y sujeta a una variedad de aplicaciones que “se volvía difícil trazar una línea entre la legalidad y la ilegalidad”, tanto como entre lo nuevo y lo viejo, pues esto no había sido borrado, como sí lo fue

en los casos de Francia, Estados Unidos o Rusia. Tenía que reconstruirse la vieja casa con herramientas de tiempos de paz, lo que explica el progreso “dolorosamente lento” de las reformas que se le hicieron.

Nada ejemplifica mejor este problema que la reforma agraria. Estuvo lejos de ser rápida y sí tortuosa, respetuosa en exceso, conservadora en el fondo. El ejido, la supuesta salida para el campesinado, aunque de apariencia radical, era una solución sumamente conservadora en términos de propiedad; descansaba, a fin de cuentas, en el viejo paternalismo. Su fracaso no tardó en revelarse.

El elemento humano, tan dominante en México, complicó y trastornó la reforma agraria. Buscando escapar de la explotación del hacendado, los habitantes del pueblo cayeron en manos de las autoridades del mismo —el presidente municipal, descendiente del antiguo cacique, y una media docena de líderes del pueblo—, los *hombres principales* de los días de la colonia, que constituían el comité administrativo del ejido.³⁵

La revolución, entonces, habría terminado en 1920. Había destrozado las “estructuras feudales”, pero también al país. Comenzaba la reconstrucción bajo el sello de dos hombres, Obregón y Calles, personajes hacia los que Gruening tiene problemas para guardar una distancia crítica. Por ello en el análisis de este periodo prácticamente escribe dos historias paralelas. Por un lado la de los enormes esfuerzos del gobierno para llevar a cabo una labor constructiva a través de la reforma agraria, la creación de infraestructura e instituciones financieras, la recuperación de la confian-

za, la educación del pueblo y el renacimiento cultural bajo el signo del nacionalismo. Por el otro, la de la persistencia de las herencias que no pueden ser barridas. La combinación de ambas nos deja un retrato no superado aún del México de los años veinte: el de momentos grandiosos que se ahogan en un trasfondo oscuro.

El lado oscuro es el más interesante, acaso porque toca más de cerca las susceptibilidades mexicanas.³⁶ Un actor tradicional de la vida mexicana, el clero, ocupa el primer lugar en ese recorrido. La Iglesia mexicana, en esta versión de Gruening, parece no haber aprendido ni olvidado nada; permaneció medieval en su espíritu y, más que mantener un espíritu misionero y proselitista, fue conquistada por el país. Su ritual fue adulterado por el paganismo indígena a la vez que sucumbía a los vicios de los laicos. La descripción del libertinaje, explotación, corrupción y mentira que prohijó es casi escandalosa, pero tiene sentido para apoyar una de sus tesis clave: fracasó ante todo en instaurar un código moral en la sociedad mexicana, no sólo entre las clases bajas, sino entre las altas. La carencia de un fundamento moral, de una voluntad catequizadora real, dio como resultado que no se establecieran los términos de lo bueno y lo malo, aun aceptando que estos se redefinían en todo lugar y época. En el fondo el catolicismo de las mayorías era sólo nominal; al rescatar numerosos testimonios del culto popular concluía que simplemente daba igual una serie de dioses que otros, siempre y cuando los fieles recibieran algo a cambio. En un pueblo de Chiapas, por ejemplo, una expedición de la Universidad de Tulane encontró que

³⁵ Gruening, *México*, 1928, p. 150.

³⁶ Revel, “Susceptibilidades”, 1997, pp. 20-25, y Meyer, *Conciencia*, 1970, p. 22.

los indios golpeaban a su santo cuando tenían un mal año, mientras que lo acariciaban y untaban cuando las cosas marchaban bien. A resultas de ello el sufrido santo había perdido la nariz y las dos orejas.

Una Iglesia como esa, por supuesto, reaccionó violentamente a la pérdida de sus privilegios en la Reforma y, ante la andanada jacobina revolucionaria, con su fanatismo e intolerancia había alentado la rebelión cristera. Sin embargo, no toda la responsabilidad era suya, pues otra parte correspondía a un ejército depredador y a los fracasos del reparto agrario. Una tesis que, con el tiempo, postularía de manera más radical Jean Meyer.³⁷

Si esa crítica a la Iglesia era ácida, no lo fue menos la dedicada al militarismo mexicano.³⁸ El ejército estuvo marcado desde su inicio por el sello de la traición, el robo y la venta de lealtades. A pesar de alguna honrosa excepción, entre sus miembros no se enraizaron los principios republicanos, sino la corrupción y un régimen de privilegios. De hecho, el último episodio de la revolución, la rebelión de Agua Prieta, también se consumó bajo el signo de la traición. Después de ella los generales esperaban un pago por sus servicios, puesto que no dirigían un ejército nacional. “Era una colección de caudillos, si se desea emplear el término indígena, o de bandoleros si se prefiere la analogía española.” El listado de escándalos, asesinatos y violencia ilegal que recoge también es impresionante, aunque también otorga crédito a los intentos reformadores en que se empeñaba Joaquín Amaro desde la Secretaría

³⁷ Meyer, *Cristiada*, 1979, t. 3, pp. 60-91.

³⁸ La expresión, por supuesto, la tomó de Vicente Blasco Ibáñez, quien ya había publicado *El militarismo mejicano*.

de Guerra. De cualquier modo, concluye, el general mexicano usualmente “es un asesino”, y su relación con el gobierno seguía basada en el soborno, la ceguera y la lisonja.

Si estos dos actores eran obstáculos formidables para el progreso democrático, el propio pueblo mexicano era otro. Los hábitos y prácticas socioculturales de los pobres del campo y la ciudad, esos “12 000 000 que viven en los bordes de la civilización”, las llagas del México moderno, son abiertas con la frialdad del cirujano. Después de todo Gruening tenía un doctorado en medicina. Así, pasa revista al hacinamiento, la escasez de agua potable, la falta de drenaje, los malos hábitos alimenticios, el alcoholismo, las enfermedades, la prostitución, la insalubridad de los mercados, la falta de pasteurización de la leche, los hábitos de ingerir comida en los puestos callejeros (incluso por la clase media) y termina con las cifras de mortalidad. México, afirma después del recorrido, “está enfermo, gravemente enfermo”.

EL RÉGIMEN REVOLUCIONARIO Y EL DESENCANTAMIENTO DE MÉXICO

Con todo eso, las páginas más duras, amargas y notables, están dedicadas a la política y a los políticos mexicanos. Tan claro tiene que al provenir de un simpatizante de la revolución, debían resultar polémicas, que están precedidas de una exposición escrupulosa de sus fuentes de información, así como de los preceptos legales aplicables al sistema político-electoral mexicano. Un sistema que en principio no estaba diseñado para el sufragio efectivo, pues en la práctica anulaba el secreto del voto (al existir urnas separadas por

candidato y dejar el procedimiento en manos de las autoridades locales y municipales). En todo caso, la lucha política era una lucha entre minorías: las administraciones estatales y municipales (con sus recursos financieros), los jefes de operaciones militares, los obreros y agraristas organizados y el clero (aunque su actividad fuera más o menos clandestina), con el gobierno central como factor dominante, ya fuera a través de los mecanismos de intervención federal o amparado simplemente en su mayor fuerza.

Su descripción de las elecciones estatales en la era posrevolucionaria es casi fotográfica. Prefiere la crudeza de los hechos a los calificativos, que resultan, además, superfluos. El resultado es una crónica de la antidemocracia. Las elecciones libres no existen, como constatan repetidamente los agentes de Gobernación: en Jalisco, México, Campeche, San Luis Potosí. Para ganar se recurre al fraude, la imposición, el uso de los fondos públicos, la intimidación a través de las “porras” (grupos organizados de agitación, presión y choque). La política mexicana es un juego que consiste en repartirse el botín. Para los que ganan la tarea siguiente es atrincherarse y “consolidar sus ganancias”; para los derrotados, es preparar su nuevo ataque al poder. El tiempo corre entre intrigas, hostilidades, presiones, “mover influencias” cerca del presidente, sin que la opinión ciudadana importe mayor cosa. Como resultado, los gobernadores tenían poco tiempo, energía e ideas para la administración del gobierno.³⁹

³⁹ Gruening leyó *Los bandidos de Río Frío*, de Manuel Payno, quien había hecho el mejor retrato de esa mecánica en el siglo XIX.

Lo paradójico del caso, apunta Gruening con perspicacia, es que incluso los que tienen tiempo para la reforma social, la creación de escuelas, el reparto agrario, la construcción de carreteras, no escapaban a esa dinámica antidemocrática. Los mejores ejemplos, José Guadalupe Zuno y Felipe Carrillo Puerto, gobernadores de Jalisco y Yucatán, respectivamente. El primero se le antoja un personaje del renacimiento.

Oprime y trasquila a sus súbditos para ganar riquezas, asesina a sus enemigos (con el revólver reemplazando al puñal o al estilete), pero al mismo tiempo, es un patrón de las artes y de obras de beneficencia pública [...] Tiene cerebro, ingenio, encanto —es un compañero delicioso! Y sin embargo, ¡es un asesino y un ladrón!

Respecto al segundo, aunque es uno de los personajes revolucionarios que más admira, no puede ocultar que patrocinó una invasión de agraristas armados al vecino estado de Campeche para imponer a un gobernador.

En ese desfile de iniquidades, sin embargo, resalta algunas excepciones notables: Matías Rodríguez en Hidalgo y varios gobernadores de Tlaxcala. Estos ejemplos lo llevan a plantear que el remedio está en la honestidad, la buena voluntad y la bondad y, sobre todo, en “la concepción de que él está en la administración pública para servir a otros y no a sí mismo”. Pero sabe que la inercia de las prácticas tradicionales es casi insuperable, pues dio lugar a una especie de aristocracia política que goza de un fuero especial. Mediante él se permiten todo género de extravagancias y escándalos, y una violencia ilegal permanente. Su registro de crímenes políticos, que sólo tiene paralelo con algunas páginas de

La sombra del caudillo, al final lo hace decir: “Los diputados nacionales y estatales, los gobernadores y los políticos son generalmente los mayores obstáculos para la ley y el orden y para la adopción de un comportamiento civilizado en la política.” Más todavía, la falta de conciencia pública de los funcionarios mexicanos era una de las razones del atraso mexicano, de las condiciones de vida “indignas de un ser humano” en que muchos vivían. Aseveración dura, reconoce, pero no más que los hechos mismos. Como lo haría Calles más tarde (inútilmente, por cierto), Gruening estaba planteando uno de los rasgos más notables de la revolución mexicana: el cambio simplemente no llegó a la clase política, “que paradójicamente es la encargada de realizar esa revolución”.⁴⁰ Acaso se necesitaba el radicalismo, comenta, que Lenin mostró hacia los bolcheviques descubiertos en actos de corrupción.

La tarea que tenían enfrente los sonorenses era, pues, enorme. A despecho de las teorías sociales contemporáneas, que postulaban a las fuerzas económicas como decisivas en el destino de las naciones (por encima de los individuos), México era diferente. Debido a que no estaba ni organizado ni industrializado, y a que “en sus aspectos internos políticos y militares no pertenece aún al mundo moderno”, el individuo pesaba de manera sorprendente. Los avances políticos simplemente habían sido insignificantes desde la independencia y, aún en el momento en que escribía, el destino nacional parecía depender de dos

hombres: Calles y Obregón (quien ya estaba en campaña para ser reelegido). “Si algo le ocurriera a cualquiera de ellos —pre-dice—, el otro se vería inevitablemente obligado a asumir el liderazgo nacional para evitar el caos.”⁴¹

En el balance de Gruening, sin embargo, hay partes luminosas. En primer lugar, alaba la consistente política exterior mexicana, que aunque recibía el apoyo de un sector de la opinión pública estadounidense, se enfrentaba tanto a la torpeza de algunos embajadores como a la incompreensión de los presidentes de Estados Unidos. Además, acierta al abrir el abanico de las relaciones externas más allá de la diplomacia y las reclamaciones; introduce un tema que hoy es vital en las relaciones con Estados Unidos, el de los inmigrantes mexicanos. Pero, sorprendentemente, en lo que toca al debate sobre el artículo 27, este simpatizante de la revolución, después de un análisis minucioso, reconoce que se trataba de una legislación retroactiva y confiscatoria. Era así, en tanto las nuevas leyes no representaban una ruptura radical, sino pretendían fundarse en los principios liberales. Con su típico equilibrio añadía que ello no implicaba desconocer que el asunto del petróleo en México era un “juego sucio”, pero de ambas partes.

Soborno, extorsión, fraude, robo y asesinato han sido coincidentes con ella (la legislación petrolera). Pero por cada sobornador entre los petroleros, siempre ha existido alguien dentro del gobierno, sea funcionario o militar, que acepta los sobornos.

⁴⁰ Véanse las declaraciones de Calles del 22 de mayo de 1929, donde reconocía el fracaso político, democrático, de la revolución. En Calles, *Pensamiento*, 1992, pp. 203-211.

⁴¹ Como señala Britton, esto implicaba que ambos tenían muy poco margen de error. Britton, *Revolución*, 1995, p. 95.

La política exterior mexicana, aceptaba, respondía al anhelo de crear una verdadera nación, pero, paradójicamente, la independencia mexicana, incluso en el caso de Carranza, “estuvo condicionada a circunstancias fuera de las fronteras de México y más allá del control mexicano”.

Gruening también aborda ampliamente otros dos efectos importantes de la revolución: el movimiento obrero y una cultura nacionalista. El primero es fundamental en su argumento, pues si la falta de instituciones propiciaba políticas personalistas, entonces el movimiento laboral “constituye el primer y único baluarte frente al militarismo desde la independencia”.

Su simpatía por la CROM, a pesar de eso, es desmentida por el detallado relato de sus métodos de lucha, de los excesos de sus líderes, de la presión que ejercían sobre la prensa, la ligereza con que realizaban algunas de sus huelgas, el manejo artificial del mercado de trabajo, la creación de plazas innecesarias y la aparición de categorías laborales rígidas; en suma, por los defectos del corporativismo que ya son claros en esta su organización precursora. El sindicalismo cromista era, en esta perspectiva, poco responsable, pernicioso y buena parte de su poder derivaba del gobierno. Su radicalismo verbal servía para manipular a las masas, pero no mucho a la hora de ganar beneficios reales para las mismas. El aumento en su membresía (muchas veces contra la voluntad de los obreros) “le ha conferido, no la fuerza que da un gran tamaño, sino la debilidad de un cuerpo muy hinchado”.

Aun así, los problemas principales que advierte en la CROM son otros. Por un lado, aunque era verdad que las condiciones cambiaron radicalmente respecto a la épo-

ca anterior, el ascenso del poder sindical llegó a niveles que simplemente imposibilitaban la buena marcha de las empresas. Los propietarios perdieron el control de su personal. El sindicato reclamaba los beneficios de la industria, sin sus riesgos y sus responsabilidades. Ahí justamente residía el fracaso de Morones, pues había sido incapaz de armonizar el capital y el trabajo para promover el desarrollo industrial, a pesar de algunas excepciones (la compañía El Buen Tono y el sector minero, entre ellas).

Su acercamiento a los productos culturales de la revolución, la parte final de su trabajo, resulta sintomática de las tensiones en que se ha movido a lo largo del texto. Aquí lo gana la comunidad de que había formado parte y pierde distancia crítica. Después de todo, las artes populares, los oficios, la música popular, el arte prehispánico, son los lugares donde se manifestaban directamente el nacionalismo y la revolución. Además, el movimiento pictórico, su máxima expresión, estaba encarnado en la comunidad bohemia.

El trabajo de los maestros pintores –escribe– refleja el nuevo espíritu. Ellos pintan México. Su trasfondo es el paisaje mexicano, el luminoso paisaje del dorado desierto y las montañas de heliotropos, los muros de colores rosa, naranja y lavanda de los pueblos –con su tinte añejo y deslavado–, igual que el grisáceo del adobe y el aspecto deprimente del pueblo cuando las nubes empañan el sol. Los sujetos son la gente de México. Los temas son extraídos de la lucha mexicana.

La nueva pintura está, hablando en general, marcada por el realismo. Está teñida de ironía y patetismo. Pero en su equilibrio, en sus brillantes pero armoniosos colores, es

intrínsecamente un producto de la influencia india —aunque algunos de sus más capaces exponentes no están étnicamente relacionados con ella.⁴²

Gruening había escapado de Greenwich Village para llegar a Coyoacán, igual que buena parte de los peregrinos políticos que llegaron a México en esos años. Se trata de un mundillo intelectual que inventa y descubre un país, doble movimiento en que sólo puede ver lo que escribe y pinta, más que escribir y pintar lo que ve.⁴³ Por ello a muchos no les genera problema el trato con los nuevos patrocinadores: el gobierno mexicano y las fundaciones privadas que promueven la moda mexicana en Estados Unidos. Los muralistas son a la vez objeto de turismo y símbolo de la libertad de expresión en México, puesto que sus acusaciones contra los libertadores revolucionarios se encontraban en los edificios de gobierno y eran pagadas por ese mismo gobierno. Una paradoja que Gruening advierte, pero no puede desarrollar hasta sus últimas consecuencias.⁴⁴

Así se cierra el círculo. El recorrido de Gruening termina, en cierto modo, en una reconciliación con su propio país y consigo mismo. El conocimiento del pasado mexicano lo había liberado del compromiso emocional, aunque por la vía del desencanto. Ahora podía seguir los asuntos mexicanos desde su propio camino. Si Tannenbaum y otros habían transitado de la bohemia a la vida académica, Gruening fue del periodismo a la política. Los años

mexicanos lo ayudaron, en cierto modo, a regresar al *establishment*. Como disidente, pero también como constructor.

CONCLUSIONES

Una vez independizado de su autor, el libro, en cambio, ha seguido un discreto pero digno camino académico. Olvidado por decenios, constituyó una fuente de inspiración para algunos textos fundamentales en la radical renovación de nuestro conocimiento de la revolución. Sintomáticamente, dos de los iniciadores de ese movimiento, Womack y Córdova, lo recuperaron, pero en sentidos distintos: uno por el profundo sentido agrarista que vio en la revolución, otro para subrayar los límites del cambio revolucionario. Pero no fueron los únicos, pues Barry Carr, Peter Smith, Nora Hamilton y Gilbert M. Joseph tienen también alguna deuda con sus argumentos o enfoque. Incluso uno de los críticos más severos del revisionismo, Alan Knight, reconoce abiertamente su deuda con el texto.⁴⁵

Su influencia, aunque un tanto limitada a autores extranjeros; parece fuera de toda duda, pero justamente por ello sorprenden algunas evaluaciones del mismo. Por ejemplo, en el ensayo bibliográfico del tomo 9 de la *Historia de América Latina* de Cambridge, se ubica a *Mexico and its Heritage* como parte de “antiguos clásicos más o menos hostiles a la revolución”, y Barrón, por su parte, coloca a Gruening junto a Vera Estañol y Bulnes como repre-

⁴² Gruening, *México*, 1928, pp. 636-637.

⁴³ Véase Gombrich, *Arte*, 1998, especialmente el cap. 2, “La verdad y el estereotipo”.

⁴⁴ Una detallada revisión de este proceso está en Azuela, *Arte*, 2005, cap. II.

⁴⁵ Womack, *Zapata*, 1969; Córdova, *Ideología*, 1973; Carr, *Movimiento*, 1981; Smith, *Laberintos*, 1981; Hamilton, *México*, 1983, y Joseph, *Revolución*, 1992. También Knight, “Caudillos”, 1985, p. 36.

sentativo de participantes y observadores que “en mayor o menor medida escribieron para condenar tanto lo que la revolución representaba, como el cambio de régimen”.⁴⁶

Como se ha mostrado a lo largo de este ensayo, estos cargos al autor y al libro no parecen justificados. En primer lugar porque Gruening no investigó ni escribió desde una postura hostil o condenatoria de la revolución. Por el contrario, a juzgar por la evidencia disponible, su actitud era amistosa y su propósito inicial era enmendar justamente la propaganda contrarrevolucionaria que circulaba en los periódicos estadounidenses. Si el resultado no fue una versión favorecedora u optimista de la revolución, deberíamos buscar las razones en otra parte. Por lo demás, colocar el texto sólo como producto de un “observador” es tan injusto en su caso como en el de Tannenbaum. Ambos están lejos de Bulnes y Vera Estaño, pues realizaron una investigación profesional que también incluyó el uso de fuentes documentales primarias. La diferencia entre sus textos más bien ilustra que en esos años había condiciones que hacían posible la escritura de historias tan diferentes como las de Tannenbaum y Gruening. En un proceso que ha explicado Koselleck, ante la necesidad de transformar las experiencias sorprendentes en conocimiento, ambos se ven obligados “a proporcionar justificaciones duraderas a medio o largo plazo para la explicación de experiencias únicas”.⁴⁷ Esas justificaciones no residen únicamente en sus simpatías personales, sino en los sistemas valorativos, la experiencia y el lengua-

je acumulados y también, en lo que ambos quieren ver. Uno elige entrar por las transformaciones agrarias y el campesinado, el otro usa una mirada más amplia, pero con el eje en los constructores de la nueva maquinaria. Ambos ven cosas muy diferentes y construyen dos relatos distintos; el carácter distintivo de cada uno reside en la capacidad para admitir en el relato el rico material acumulado, así como su conversión en argumentos de una interpretación.

Por ello, parece mucho más adecuada la valoración de Britton, quien clasifica a Gruening como un liberal “estatista”, en tanto enfatiza las dificultades de la (re)-construcción de una máquina burocrática fundada en nuevos valores y procedimientos.⁴⁸ En todo caso, parece claro que el pesimismo y las críticas al proceso revolucionario en *Mexico and its Heritage* no derivan de la animosidad, sino del desencanto, de la percepción de los límites del cambio operado.

Tal vez esos juicios sobre Gruening y su obra, así como su limitada recepción en el medio académico mexicano tengan más que ver con la susceptibilidad mexicana ante la exposición de sus llagas más persistentes y con la desconfianza de muchos académicos hacia las posturas liberales. Y más aún cuando se expresan con la ironía de Gruening. Por ejemplo, recordaba bien que al preguntarle a Obregón por los bandidos que según la prensa antimexicana infestaban al país, este respondió: “¡Cuando salí del campo y vine a la ciudad, los bandidos vinieron conmigo!”

⁴⁶ Bethell, *Historia*, 1992, p. 296, y Barrón, *Historias*, 2004, pp. 27-28.

⁴⁷ Koselleck, *Estratos*, 2001, p. 60.

⁴⁸ Igualmente resulta difícil aceptar que Gruening representara al “liberalismo oficial estadounidense”, como sugiere Azuela, *Arte*, 2005, p. 256.

Mexico and its Heritage podría, por esa incomodidad que genera, ocupar el ominoso silencio que deja Octavio Paz en un poema famoso:

Mi padre, al tomar la copa,
me hablaba de Zapata y de Villa,
Soto y Gama y los Flores Magón.
Y el mantel olía a pólvora.

Yo me quedo callado:
¿de quién podría hablar?⁴⁹

Y lo puede ocupar porque, más allá de nuestras clasificaciones historiográficas, es buena historia. Aquella que además de ofrecer un relato disfrutable, brinda acontecimientos, juicios e interpretaciones que animan a reescribirla, revisarla, discutirla.

BIBLIOGRAFÍA

- Azuela, Alicia, *Arte y poder*, FCE/El Colegio de Michoacán, México, 2005.
- Barrón, Luis, *Historias de la revolución mexicana*, FCE/CIDE, México, 2004.
- Bethell, Leslie (ed.), *Historia de América Latina*, t. 9, México, América central y el Caribe, ca. 1870-1930, Crítica, Barcelona, 1992.
- Blum, John M., William S. McFeely et al., *The National Experience. A History of the United States*, Harcourt Brace Jovanovich Publishers, Orlando, 1989.
- Britton, John, *Revolution and Ideology. Images of the Mexican Revolution in the United States*, The University Press of Kentucky, Lexington, 1995.
- Calles, Plutarco Elías, *Pensamiento político y social. Antología (1919-1936)*, FCE, México, 1992.
- Canucci, Pino, *Tina Modotti*, Circe, Barcelona, 1995.
- Carr, Barry, *El movimiento obrero y la política en México 1910/1929*, Era, México, 1981.
- Córdova, Arnaldo, *La ideología de la revolución mexicana*, Era, México, 1973.
- Delpar, Helen, *The Enormous Vogue of Things Mexican*, The University of Alabama Press, Tuscaloosa, 1992.
- Eco, Umberto, *Interpretación y sobreinterpretación*, Cambridge University Press, Cambridge, 1995.
- Garraty, John A. y Mark C. Carnes (eds.), *American National Biography*, Oxford University Press, Nueva York, 1999, vol. 9.
- Gombrich, Ernest H., *Arte e ilusión. Estudio sobre la psicología de la representación pictórica*, Debate, Madrid, 1998.
- Gruening, Ernest H., "Introduction: the Meaning of Mexico" en Hubert Herring y Herbert Weinstock (eds.), *Renascent Mexico*, Conci-Friede-Publishers, Nueva York, 1935, pp. 1-10.
- , "New York (1) The City-Work of Man" en Ernest Gruening (ed.), *These United States. A Symposium*, Boni and Liveright, Nueva York, 1924, t. 2.
- , *Experiencias y comentarios sobre el México posrevolucionario* (entrevista de Eugenia Meyer), INAH, México, 1970.
- , *Mexico and its Heritage*, The Century Co., Nueva York, 1928.
- Guerra, François-Xavier, *México. Del antiguo régimen a la revolución*, FCE, México, 1988.
- Hale, Charles A., "Frank Tannenbaum and the Mexican Revolution", *HAHR*, mayo de 1995, pp. 215-246.
- Hall, Linda B., *Bancos, política y petróleo*, CONACULTA, México, 2000.
- Hamilton, Nora, *México: los límites de la autonomía del Estado*, Era, México, 1983.
- James, Henry, *Diario de un hombre de cincuenta años*, Funambulista, Madrid, 2004.

⁴⁹ Paz, *Obra*, 1991, p. 427.

- Johnson, Paul, *Estados Unidos. La historia*, Javier Vergara Editor, Barcelona, 2001.
- Joseph, Gilbert M., *Revolución desde afuera. Yucatán, México y los Estados Unidos 1880-1924*, FCE, México, 1992.
- Katz, Friedrich, *Pancho Villa*, Era, México, 1998.
- Knight, Alan, "Caudillos y campesinos en el México revolucionario, 1920-1927" en D. A. Brading (comp.), *Caudillos y campesinos en la revolución mexicana*, FCE, México, 1985.
- , *La revolución mexicana. Del porfiriato al nuevo régimen constitucional*, Grijalbo, México, 1996.
- Koselleck, Reinhart, *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, Paidós, Barcelona, 2001.
- Meyer, Eugenia, *Conciencia histórica estadounidense sobre la Revolución de 1910*, INAH, México, 1970.
- Meyer, Jean, *La cristiada*, Siglo XXI, México, 1979.
- Meyers, William K., "La segunda División del Norte: formación y fragmentación del movimiento popular de La Laguna, 1910-1911" en Friedrich Katz (comp.), *Revolución, rebelión y revolución. La lucha rural en México del siglo XVI al siglo XX*, Era, México, 1990.
- Nolte, Ernest, *La guerra civil europea, 1917-1945. Nacionalismo y bolchevismo*, FCE, México, 1994.
- Paz, Octavio, *Obra poética (1935-1988)*, Seix Barral, México, 1991.
- Revel, Jean-François, "Susceptibilidades mexicanas", *Vuelta*, núm. 245, 1997, pp. 20-25.
- Schorske, Carl E., *Pensar con la historia*, Taurus, Madrid, 2001.
- Shavit, David, *The United States in Latin America. A Historical Dictionary*, Greenwood Press, Westport, Connecticut, 1989.
- Smith, Peter H., *Los laberintos del poder. El reclutamiento de las elites políticas en México, 1900-1971*, COLMEX, México, 1981.
- Tenorio, Mauricio, "Viejos gringos: radicales norteamericanos en los años treinta y su visión sobre México", *Secuencia*, núm. 21, septiembrediciembre de 1991, pp. 95-116.
- Watson, Peter, *Historia intelectual del siglo XX*, Crítica, Barcelona, 2002.
- Wolfe, Bertram, *La fabulosa vida de Diego Rivera*, Diana, México, 1972.
- Womack, John Jr., *Zapata y la revolución mexicana*, Siglo XXI, México, 1969.